

Luis Hornstein

NARCISISMO

Autoestima, identidad, alteridad

Editorial Paidós (2006, tercera edición)

1. Hacia una clínica del narcisismo

Cada vez más, los psicoanalistas tenemos que afrontar una clínica proteiforme: personas con incertidumbre sobre las fronteras entre el yo y el objeto o entre el yo y el yo ideal; fusión con los otros anhelada o temida; fluctuaciones intensas en el sentimiento de estima de sí; vulnerabilidad a las heridas narcisísticas; gran dependencia de los otros o imposibilidad de establecer relaciones significativas; inhibiciones y alienación del pensamiento; búsqueda del vacío psíquico (tanto a nivel de la fantasía como del pensamiento); predominio de defensas primitivas: escisión, negación, idealización, identificación proyectiva.

La perturbación narcisista se hace notar como riesgo de fragmentación, pérdida de vitalidad, disminución del valor del yo. Una angustia difusa. Una depresión vacía. Ese vacío parecería que reemplaza a la crispación neurótica de antaño. Coexisten imágenes grandiosas del yo con una intensa necesidad de ser amados y admirados. La vida se centra en la búsqueda de halagos. Si bien no pueden afrontar interacciones emocionales muy significativas, esperan gratificaciones narcisistas de los otros. Tienen dificultades para reconocer los deseos y los sentimientos de las demás. Hablan de sus propios intereses con una extensión y detalle inadecuados. Su objetivo es no depender de nadie, no atarse a nada.

En los motivos de consulta predominan, en proporción abrumadora: dificultades en la regulación de la autoestima, desesperanza, alternancias de ánimo, apatía, hipocondría, trastornos del sueño y del apetito, ausencia de proyectos, crisis de ideales y valores.

Estos nuevos consultantes son producto de la vida actual, que agrava las condiciones familiares y las dificultades infantiles, pero no dejan de ser variantes contemporáneas de las carencias narcisistas propias de todos los tiempos¹.

“Suelen tener la apariencia de los analizandos clásicos, pero bajo estos aspectos histéricos y obsesivos afloran enseguida ‘enfermedades del alma’ que evocan, sin confundirse con ella, la imposibilidad de los psicóticos para simbolizar traumas insoportables.” (Kristeva, 1993).

Para esa dificultad que no “habla”, o que habla un lenguaje “artificial”, “vacío”, “robotizado”, los analistas van inventando un término tras otro: trastornos narcisistas, sobreadaptados, casos límites...

*¿Es un cambio histórico de los pacientes o un cambio en la escucha de los analistas?
¿Hubo cambios en la psicopatología o en el tipo de demanda que se le formula al psicoanálisis?*

Narcisismo: encrucijada interdisciplinaria

La episteme contemporánea está atravesada por el debate modernidad-posmodernidad. “Muerte del sujeto”, “muerte del yo”, “crisis de la razón”, “derrota del pensamiento”, son algunos de los títulos del debate. El yo parece pulverizado, un espacio flotante sin fijación ni referencia, una disponibilidad pura adaptada a la aceleración de los mensajes provenientes de los medios de comunicación masivos. Se prescinde de la ideología o, mejor dicho, la ideología “oficial” equipara lucidez con pesimismo.

Algunos autores intentan correlacionar lo histórico social y la constitución subjetiva a partir de las problemáticas del narcisismo. Afirman que el yo actual es frágil, quebradizo, fracturado, fragmentado (Giddens sostiene que esta concepción es el punto de vista más

¹ *“Los pacientes de hoy con sus ‘partes psicóticas’, sus ‘escudos narcisistas’ sus ‘self grandiosos’, su ‘pensamiento operatorio’ y sus ‘defectos alexitímicos’, parecen muy diferentes de los clásicos neuróticos de la Belle Epoque” (McDougall, 1982).*

descollante de los debates actuales acerca del yo y la modernidad). Para otros autores - vinculados al postestructuralismo- el yo está tan disperso como el mundo social: el único sujeto es un sujeto descentrado. Los “trastornos narcisistas” se deberían a que las personas, al abandonar la esperanza de controlar el entorno social más amplio, se repliegan a sus preocupaciones puramente personales: la “mejora” de su cuerpo y su psiquismo².

En la postmodernidad se rechazan las certidumbres de la tradición y la costumbre, que habían tenido en la modernidad un papel legitimante. La disolución de los marcos tradicionales de sentido, piensan los teóricos de la escuela de Francfort, ha generado una “declinación del individuo”, un consumismo pasivo. La identidad deviene precaria al perderse anclaje cultural junto con puntos de referencia internos. La subjetividad se retrae hasta un núcleo defensivo, ensimismándose.

Las fronteras entre las diferencias de sexo o de identidad, de realidad y de fantasía, de acto y de discurso, etc., se cruzan con facilidad (Kristeva, 1993). La ambigüedad progresiva de los roles sexuales y de los roles parentales, el debilitamiento de las prohibiciones religiosas y morales colocan a los sujetos en una posición diferente ante lo prohibido o la ley.

El narcisista no está dominado por una conciencia internalizada ni por la culpa.

“(A veces) el niño no logra reconocer satisfactoriamente la autonomía de su principal cuidador y es incapaz de separar claramente sus propios límites psíquicos. En estas circunstancias, los sentimientos omnipotentes de valoración propia alternarán probablemente con su contrario: una sensación de vacío y desesperación [...]. La dinámica fundamental del narcisismo podría ser más bien la vergüenza que la culpa. Los sentimientos alternantes de magnificencia y falta de valor a los que ha de enfrentarse el narcisista son en esencia respuesta a una frágil identidad del yo”(Giddens, 1995).

Anímicamente abiertos, teóricamente abiertos, los psicoanalistas trabajamos reflexiones que nos vienen de otros campos, para aportar al narcisismo algo más que una clínica descriptiva.

Para esclarecer las organizaciones narcisistas habrá que conceptualizar la oposición-relación entre yo y objeto. ¿Cuál es el correlato clínico de una metapsicología del yo y del superyó y cual es el correlato metapsicológico de una clínica del narcisismo? Es lo que intento responder a lo largo de este libro, desde la clínica, desde las contribuciones freudianas y postfreudianas y desde el horizonte epistemológico. Estas tres fuentes proveen recursos para volver a interrogar los postulados que rigen nuestra comprensión (metapsicología), nuestra nosografía (psicopatología) y nuestra acción (técnica).

Los paradigmas ya no son los que regían cuando Freud elaboró su teoría. Y el psicoanálisis no puede sino hacerse cargo. La lectura de Freud -que alguna vez fue glosa- exige ahora poner en tela de juicio los paradigmas de base. Toda lectura se hace desde el horizonte de una historia y con los medios que la contemporaneidad nos permite. Elegir nuestros objetos y nuestros métodos libremente no es rechazar todo condicionamiento sino aceptar sólo los imprescindibles, los constituyentes con el lenguaje y los instrumentos conceptuales que la historia, activamente, nos ha transmitido. No sólo nos corresponde preservarlos sino también perfeccionarlos.

² Freud pensaba al yo no sólo como instituido, sino también como instituyente destacando su capacidad de innovación. El yo no sólo tiene como meta la adaptación a la realidad, sino *“también es posible intervenir en el mundo exterior alterándolo y produciendo en él, deliberadamente, aquellas condiciones que posibiliten la satisfacción. Esta actividad se convierte luego en la operación suprema del yo: decidir cuándo es más acorde al fin dominar sus pasiones e inclinarse ante la realidad, a tomar partido por ellas y ponerse en pie de guerra frente al mundo exterior: he ahí el alfa y el omega de la sabiduría de vida”* (Freud, 1926b).

El psicoanálisis nació de la confrontación con las disciplinas dominantes de su época, y nosotros podemos hacer algo parecido³. A un siglo de su descubrimiento, insistiremos, ustedes y yo, con su desafío fundacional. Confrontaremos al psicoanálisis con nuevas formas de pensamiento. Actitud algo más que legítima, imprescindible.

Entre los psicoanalistas hay cierta tendencia a transformar el estudio de los textos en un meticuloso estudio de sus detalles, sin poner jamás en tela de juicio y replantearse los principios. Pero si problematizamos y renovamos los fundamentos, si dejamos que impregnen la práctica y que ésta los impregne el riesgo de una escolástica, si no desaparece, al menos se atenúa. Así iremos elaborando una *metapsicología del yo, del superyó, de la destructividad, de la defusión pulsional, de la escisión del yo*, como exige la clínica de nuestro tiempo.

La inmersión en lo nuevo inquieta, violenta nuestras rutinas. Pero además de inquietarnos, los modelos actuales de las ciencias nos hacen trabajar, nos brindan metáforas. “Metáforas” fértiles más que modelos. Metáforas que evocan e ilustran. Que permiten atravesar clausuras disciplinarias y representar de otra manera los procesos psíquicos si eludiendo los isomorfismos (es decir: conjunto de relaciones comunes en el seno de entidades diferentes) entre disciplinas, las usamos estratégicamente, como instrumentos y no como argumentos, (Pragier y Pragier). No es fácil pero es posible lograr un psicoanálisis contemporáneo de su presente, renunciando al reduccionismo y a las idealizaciones simplificadoras y absteniéndose de lo que antes no solo estaba autorizado sino que era exigido⁴.

También en psicoanálisis la innovación se produce en el diálogo con otras disciplinas, fronteras lábiles pero no tanto que se pierda la especificidad.

Los paradigmas son principios fundamentales que controlan y rigen, a menudo furtivamente, el conocimiento científico organizándolo de tal o cual forma. La cientificidad ya no se nos muestra como la pura transparencia de las leyes de la naturaleza. Ahora es una cientificidad construida pues lleva en sí un universo de teorías, de ideas y de paradigmas. La observación misma es tributaria de los instrumentos de una sociedad y de una época.

Desvelan al psicoanálisis, entre otras cuestiones: el determinismo, el azar, la complejidad, los sistemas abiertos, la autoorganización. Lo desvelan desde el exterior ¿qué teoría es tan autónoma que no tenga exterior, que no sea perturbada por ese exterior?

Asumir el desafío de que nuestro psicoanálisis sea contemporáneo del presente exige situarse en los bordes. Bordes de la clínica. Bordes de la teoría. Fronteras lábiles de las que hablábamos antes. Sentirlas, vivirlas, pensarlas como fundantes, las convertirá en ámbitos de producción. La ciencia se va tornando cada vez más permeable al multiplicar los intercambios⁵.

³ “Pertenezco a un gremio que tiene sus rituales, su jerarquía y su pequeño terrorismo interno. Mis más estrechas relaciones se establecen con mis colegas, con los maestros, con los compañeros que me ayudan y con los aprendices a los que enseño [...]. Este comercio nos hace más eficaces y, por otra parte, es agradable. Sin embargo, estoy convencido de que nuestra profesión pierde su sentido si se repliega sobre sí misma. Creo que la historia no debe ser consumida principalmente por los que la producen. Si las instituciones en las que se asienta nuestra profesión parecen estar hoy en día en tan mala situación, ¿no será por ese mismo repliegue, por haberse separado tanto del mundo?” (Duby, 1980)

⁴ Green (1984) afirma que ningún científico desconoce los riesgos de la importación de conceptos pero también sabe de la fertilidad potencial en el intercambio entre disciplinas diferentes. “En tanto ideas sostenidas en una de ellas encuentran algún eco en otra sin perjuicio de imprimirlas profundas transformaciones hasta encontrar su adecuación en el esclarecimiento de que aportan en campos que habían permanecido oscuros en la disciplina en la que se injertan secundariamente. Estas ideas operan como estimulantes de la imaginación teórica y, cuando el demonio de la analogía no las arrastra descontroladamente hacia la vana especulación, puede resultar de eso un progreso en el conocimiento. Valga como ejemplo el uso libre en Freud de metáforas tomadas de la física, la economía o el arte militar”.

⁵ Asistimos a un movimiento del pensamiento que cuestiona tanto el positivismo del siglo XIX como el estructuralismo rígido de la primera mitad del siglo XX. El psicoanálisis sigue este movimiento. El ideal deductivista ha sido remplazado por modelos teóricos que suelen ser más descriptivos que explicativos, pero sin encerrarlos en un determinismo estrecho: teoría de las catástrofes, teoría de la turbulencia con sus atractores extraños, teoría de los objetos fractales (Houzel, 1987).

“El psicoanálisis ha contribuido a preparar los espíritus para este cambio epistemológico y es justo que coseche sus frutos” (Houzel).

¿Cómo pasar revista a mis fundamentos sin hacer un tedioso inventario de mi constelación metapsicológica, de mis autores predilectos, de mis preferencias técnicas, de mis elecciones epistemológicas? Optaré en este libro por puntualizar algunas cuestiones favoritas: ciertas temáticas epistemológicas (sistemas abiertos, determinación y azar, complejidad), ciertas interrogaciones metapsicológicas (las tópicas freudianas y postfreudianas, la teoría del sujeto, la teoría pulsional), ciertas cuestiones clínicas (la sublimación, la creación y su relación con el narcisismo), el desafío técnico que implican las organizaciones narcisistas. Por último, desde la interdisciplina, propondré ciertas articulaciones con la historia señalando algunas de sus consecuencias teóricas y prácticas.

Puede que los temas o que el modo en que los abordo parezcan especulativos. Sin embargo, unos y otro para mí son cotidianos. Inquietudes y preocupaciones a las que encontré respuestas e incitaciones en físicos, biólogos, historiadores, epistemólogos y también en mis colegas. Creo que a lo largo de los años y de esas lecturas algunas inquietudes se han ido formalizando en problemas, que algunas dudas se pusieron a producir, que fueron y son itinerarios de pensamiento posibles para repensar cuestiones nucleares de mi práctica clínica, pensamientos y práctica que espero compartir con mis lectores.

No hay práctica sin proyecto. ¿Cuáles son nuestras convicciones concernientes al proyecto del psicoanálisis? Pienso, como muchos, que el psicoanálisis debe aportar herramientas conceptuales que intenten responder a los requerimientos en salud mental, siendo ése uno de los sentidos estratégicos del compromiso teórico. *Eso en oposición a convertirnos en custodios de no se sabe qué immaculada pureza del psicoanálisis.*

Hay un malestar en la cultura, siempre lo hay, y éste, el nuestro, genera a veces un remordimiento erotizado cuando el psicoanalista se siente inerme. No hay otra que continuar. Para lo cual es preciso revalorizar al pensamiento como instrumento crítico-creador. El psicoanálisis tiene, como todo dominio científico, autonomía relativa; pero si no se establecen fecundos intercambios con aportes procedentes de otras disciplinas, esa autonomía corre el peligro de convertirse en autismo. Se requiere también indicar puntos de articulación con las distintas prácticas. Es especialmente en esas fronteras en que las pertinencias de los distintos discursos se encuentran donde se debe eludir la tentación de suplir las carencias conceptuales mediante la utilización de nociones vagas usadas en forma retórico-analógica. Es en esos bordes donde las legitimidades e incompatibilidades deben ser definidas en la forma más rigurosa posible.

No es que haya isomorfismos entre ciencia y ciencia, sino que tal actitud de apertura trae nuevas aperturas. Necesitados de respuestas, pero sin el furor de apropiarnos de respuestas nos abrimos a las intuiciones e interrogaciones de los otros.

“No se trata aquí de oponer la experiencia vivida a la abstracción teórica, las ciencias sociales a las ciencias exactas, la reflexión filosófica a la teoría científica. Se trata de enriquecer a unas y a otras haciendo que se comuniquen [...]. Los adelantos de las ciencias físicas y biológicas pueden introducirnos en las complejidades fundamentales de lo real. Es preciso, pues, abrir una brecha en las clausuras territoriales, renunciar a los exorcismos y las excomuniones, multiplicar intercambios y comunicaciones, para que todas estas andaduras hacia la complejidad confluyan”(Morin, 1982).

De la clínica a la metapsicología

Una clínica del narcisismo implica *complejizar* una metapsicología surgida de otra clínica cuyo referente principal eran las neurosis de transferencia. Es tentador establecer un *corte*

tajante entre la patología de la época de Freud y la patología actual y sería fácil *sustituir* una problemática centrada en la angustia de castración por otra centrada en las angustias que expresan una labilidad de las fronteras entre el yo y el objeto (angustias de separación, intrusión, fragmentación). Pero como las dos están presentes (¿y quién podría negarlo?), no hay más remedio que articularlas.

Una clínica del narcisismo. Y un concepto, narcisismo, que digámoslo así, va por su tercera etapa (Rosolato). Esto de las etapas ha ocurrido también con “Edipo”, “bisexualidad”, “pulsión de muerte”. Primero es el exceso lo que se considera perjudicial. Después su ausencia. Y aún más que el exceso. Podemos ilustrarlo con el Edipo (Sobreinvertido produce la neurosis. Subinvertido, la psicosis). Finalmente se matizan estas dos posiciones antitéticas, definiendo sus relaciones y las condiciones que las determinan. Tal la situación actual del narcisismo.

Consideraré algunos ejes que, respetando la diversidad del narcisismo organicen su clínica⁶: *sentimiento de sí* (cuadros borderline, paranoia y esquizofrenia); *sentimiento de estima de sí* (depresión, melancolía); *indiscriminación objeto histórico-objeto actual* (elecciones narcisistas, diversas funciones del objeto en la economía narcisista); *desinvertimiento narcisista* (clínica del vacío).

Ejes metapsicológicos que no pretenden abarcarlo todo sino hacer justicia a la complejidad que en la práctica cotidiana tienen las problemáticas (en plural, porque son mucho más que una) narcisistas, problemáticas que no deberían cerrarse prematuramente.

El narcisismo remite a varios tipos de afecciones: desde la amplia gama de las depresiones sostenidas por la afectación del sentimiento de estima de sí, hasta la esquizofrenia o paranoia, cuya problemática se centra en la consistencia del sentimiento de sí.

“Lo que has heredado de tus padres adquiérela para que sea tuyo”. Vale también para la *nosografía heredera de una tradición psiquiátrica. ¿Por qué renunciar a ella, si podemos hacerla nuestra?* Pero ¿cómo adquirir lo heredado? “Trabajo de filiación” llama Laplanche a la elaboración psíquica que permite el desasimiento del progenitor, pero prosiguiendo su obra.

Habría que luchar para no materializar tipos ideales psicopatológicos, para no servirse de ellos como si fueran ideas platónicas, esencias que en su pureza ideal resultan más reales que la realidad clínica. Si el psicoanalista sucumbe a esa tentación de reducir todo a la unidad, abandona (sin darse cuenta) el psicoanálisis singular. Intrépido, construye una hermosa hipótesis que, reduciendo a la unidad la multiplicidad, le permitirá encasillar el “caso clínico”. Ciertos diagnósticos, que reconfortan por su simplicidad y ciegan por su claridad, impiden ver la perturbadora multiplicidad de lo real (Hornstein, 1993).

Una psicopatología psicoanalítica, en cambio, intenta aprehender ciertas constelaciones sintomáticas vinculándolas con los conflictos subyacentes y la trama metapsicológica⁷.

La metapsicología no es una bella totalidad autorreferente sino una caja de herramientas que apunta a desentrañar los dominios de problematicidad sobre los que se aplica. Por lo tanto, delimitar metapsicológicamente distintas problemáticas narcisistas requiere esclarecer la organización del yo, del superyó, del inconsciente, el grado de fusión o defusión pulsional, las defensas privilegiadas, las identificaciones constitutivas, los investimentos narcisistas y objetales.

⁶ En general, los autores privilegian alguno de estos ejes y no consideran los otros.

⁷ *“De modo que, si bien las nociones psiquiátricas de “estructuras” (histérica, obsesiva, esquizofrénica, paranoica, etc.) pueden servir de indicios iniciales y rudimentarios para el trabajo analítico, no resisten a un microanálisis atento a la heterogeneidad y a la polivalencia de los representantes psíquicos. Estamos cada vez más obligados a concebir interferencias de estructuras, así como ‘estados límites’ que, siendo hechos clínicos nuevos, que indican la evolución de la subjetividad y de los estados psíquicos, tienen sobre todo la ventaja de cuestionar fundamentalmente la validez de las nosografías clásicas”* (Kristeva, J. 1993).

Un síntoma, un rasgo de carácter, una inhibición debe ser enfocado en la perspectiva de toda una vida y en la trama del conflicto que lo origina.

Las principales cuestiones abiertas por las distintas descripciones clínicas son: ¿es el trastorno narcisista una debilidad yoica, se refiere a la pobreza de la autoestima, es una patología del carácter? ¿Está vinculado a un exceso de agresión, a un déficit de la cohesión o del valor del sentimiento de sí? ¿Se refiere a dificultades para la investidura de objeto o más bien es la vulnerabilidad ante objetos investidos (Morrison)? Cuestiones que remiten a diferencias clínicas así como a diferencias metapsicológicas.

Las perspectivas diferenciales de Kernberg (narcisismo como defensas infantiles contra la agresión), de Mahler (narcisismo como defensa ante el sentimiento de desamparo y mortificación) de Kohut (narcisismo como fase que refleja fallas empáticas de los objetos primordiales) pueden ser todas apropiadas para dar cuenta de diferentes pacientes o de diferentes organizaciones narcisistas. *Uno de los errores más habituales es la unificación clínica del narcisismo y la pretensión de encontrar una explicación metapsicológica unificante para cuadros clínicos diferentes tanto desde el punto de vista descriptivo como de su comprensión metapsicológica (Gedo).*

Quizá en su afán de claridad, Kohut es demasiado tajante cuando distingue entre trastornos narcisistas y casos fronterizos. Separaciones demasiado netas que la clínica suele desalentar.

Una reflexión sobre el narcisismo no es sino una reflexión sobre la tónica, sobre sus formas de organización-desorganización, sobre la historicidad de las instancias, sobre su articulaciones recíprocas sobre la cohesión y la valoración del yo. ¡Bien venidas las sutiles descripciones de las diversas manifestaciones clínicas de las patologías narcisistas! Nos servirán para definir los ejes, para trabajar los conflictos.

2. El narcisismo en los límites de lo analizable

El avance del psicoanálisis se produjo no tanto por definir los límites de su acción sino por desafiar los límites de lo analizable. Desde esas fronteras se produjeron desarrollos teóricos y técnicos.

El progreso de la *teoría-práctica* psicoanalítica siempre tuvo que ver con aquellos analistas que pudieron seguir el juego con los analizandos que “no juegan el juego”. Analizandos que eran considerados inanalizables por distintos motivos: beneficios secundarios, modalidades transferenciales, ausencia de vida fantasmática, tendencia a la actuación, a la somatización.

Para esos innovadores y para quienes nos aprovechamos de sus exploraciones, no era ni es nada fácil. En los límites de lo *analizable* hay riesgo de disolución yoica y de muerte psíquica. El paciente bordea la desesperación ante el temor de hundirse en una profunda depresión. La actitud técnica del psicoanalista debe ser modificada. No está escuchando la “buena y leal” neurosis. Ese paciente parece a punto de abandonar la asociación libre y recurrir a la actuación (Pontalis). Estamos en los “*estados límites*” que no son para mí una variedad clínica que pueda ser contrapuesta a otra (trastornos de identidad, neurosis de carácter, personalidad como sí, personalidades narcisistas, etc.) sino más bien, la frontera de la analizabilidad, en relación con lo que se suele llamar el psicoanálisis “clásico”.

En los estados límites y en las organizaciones narcisistas se le solicita al psicoanalista algo más que su disponibilidad afectiva y su escucha: se solicita su potencialidad simbolizante. Potencialidad que no solo apunta a recuperar lo existente sino a producir lo que nunca estuvo. No se trata solo de conflicto sino de déficit (carencias). Por eso allí la contratransferencia -teoría y práctica- se hizo fuerte.

La dimensión narcisista es evidente en aquellos pacientes que reaccionan con hipersensibilidad a la intrusión en el espacio propio y al mismo tiempo conservan la nostalgia de la fusión y temen la separación. Fusión tan necesitada como temida.

*Son estos estados límites los que más exigen que el método, deviniendo estrategia, incluya iniciativa, invención, arte*¹.

No fueron pocos los autores que, renunciando a la comodidad de lo consabido centraron su investigación en las experiencias de fusión primaria en la cuales la relación sujeto-objeto intenta preservar los límites precarios del yo y *privilegiaron la predominancia de la organización dual narcisista en relación con la organización triangular edípica*. Cada explorador puso su sello: la identificación proyectiva (*Klein*); el psicoanalista como continente (*Bion*); la constitución del holding (*Winnicott*); la transferencia narcisista, tanto en su vertiente especular como idealizada (*Kohut*); la preservación de la integridad narcisista (*Kernberg*); el suplir carencias fundamentales (*Balint*). Modificaron la técnica “clásica” porque el analizando no era “clásico”. Nunca lo había sido.

“Es que la medida de influencia que (el psicoanalista) haya de considerar legítima estará determinada por el grado de inhibición del desarrollo que halle en el paciente. Algunos neuróticos han permanecido tan infantiles que aun en el psicoanálisis sólo pueden ser tratados como niños”(Freud, 1938a).

El psicoanálisis “puro” procura que las indicaciones sean cuidadosamente evaluadas: sólo pueden acostarse en el diván algunos elegidos (Al resto se le ofrece “nada más” que psicoterapia.)

La práctica tiene un ideal: un psicoanalista silencioso; una neutralidad a ultranza, se supone que la reelaboración evitará la actuación. Las interpretaciones serán cortas, esporádicas y se espera que el sujeto se autoanalice. Suele ser definido como el psicoanálisis clásico, garante de la ortodoxia. En mi opinión es mera “idealización” retrospectiva. En vano se le buscará asidero en los escritos de Freud y menos en su práctica².

El psicoanálisis “clásico” propició la identificación a ciertos aspectos de Freud: al cirujano más que al combatiente, al espejo indiferente más que al arqueólogo apasionado, al metapsicólogo riguroso más que al militante de la cultura que escribió “*El Moisés*” y “*El porvenir de una ilusión*”.

El modelo “clásico” del psicoanálisis no alcanza para acercar a los norteamericanos y a los franceses. La estima mutua es poca, casi ninguna. En Inglaterra, los kleinianos, no por pretenderse intransigentes custodios del encuadre freudiano, dejan de ser considerados insuficientemente ortodoxos por sus colegas no kleinianos. Los lacanianos, que han reivindicado -por lo menos en sus orígenes- un “retorno a Freud”, que les ha servido de contraseña, se han tomado las mayores libertades con las reglas que rigen el encuadre analítico. Los reproches de los “unos” a los “otros” ilustran la heterogeneidad del psicoanálisis contemporáneo: a los norteamericanos, se les reprocha la “ortopedia” psicoanalítica; a los ingleses, el maternaje abusivo; a los lacanianos, la racionalización del fracaso y el culto a la

¹ Véase el capítulo 17.

² Una ilustración de esa deformación “idealizante”: “*Cuando entrevisté a Hirst más de diez años después de que hablara con Eissler, me dijo que no se le hubiera ocurrido llamar “frío” a Freud [...] pero cuando se le permitió dar su propia versión del ambiente que se respiraba durante el tratamiento, describió a Freud como un psicoanalista muy activo, a veces intervencionista, lo que difiere bastante del estereotipo de terapeuta neutral preferido posteriormente por los defensores de la ortodoxia como Eissler*” (Roazen).

desesperanza; y a todos los franceses, una indiferencia explícita por el sufrimiento de los pacientes (Green, 1983 b)³.

El proceso analítico es un diálogo, supone confrontación, dilucidación en el interior de un trabajo compartido. ¿Qué mal entendido dio pie al así definido psicoanálisis clásico?

Freud hacía un inventario logístico de los recursos con que contaban ambos miembros de la pareja psicoanalítica para esa exploración al fondo de la historia -repetición mediante-. No esperaba la “demanda” de psicoanálisis, la producía con su trabajo. ¿En qué se sustenta ese ideal que propicia una arrogancia autosuficiente, ese silencio despectivo que parece ser de buen tono cultivar, esa postura oracular?

Un psicoanálisis de frontera ha extendido el campo del psicoanálisis, aun modificando el encuadre y el estilo interpretativo para adecuarse al paciente. Tildarlo de “*psicoterapia psicoanalítica*” sería recurrir al desgastado comodín de la oposición oro-cobre⁴.

La función esencial de las variantes del “psicoanálisis de frontera” es crear las condiciones mínimas de simbolización a través de la elasticidad del encuadre analítico. Los trabajos que se refieren al proceso analítico con estados límites y organizaciones narcisistas enfatizan las dificultades de simbolización en un campo dual. Cuando predomina la indiferenciación entre yo y no-yo, ya sea por la exacerbación de los límites o -por el contrario- por su anulación mediante la fusión con el otro, hay que encontrar el modo de innovar y hay que conceptualizarlo.

En el psicoanálisis de organizaciones narcisistas se recomienda la aceptación de estos estados regresivos con una actitud no intrusiva, supliendo verbalmente carencias fundamentales a pesar del riesgo de inducción de dependencia y los cuestionamientos respecto del maternaje frecuentemente señalados. El psicoanálisis debe tender a facilitar momentos de despliegue, contención y perdurabilidad de experiencias transaccionales simbolizantes.

Algunas cláusulas del contrato analítico son imprescindibles y otras pueden ser modificadas tanto en función de la problemática psíquica del analizando como del momento que vive. Si, claro, no todas las actitudes técnicas son compatibles con un trabajo analítico, pero no estaría mal volver a pensar también este tema.

El contrato analítico define las mejores condiciones que tornan posible un psicoanálisis en la mayoría de los casos, pero cuando se habla de un “estado límite”, de una caracteropatía, de organizaciones narcisistas, se establecen contratos singulares⁵ (más de lo que se admite en las presentaciones públicas).

El tema del contrato analítico ha sido discutido en forma -a mi parecer- burocratizada y burocratizante⁶. Para algunos cualquier alteración del encuadre analítico tradicional supone el

³ Muchos debates nacen de una necesidad de los teóricos más que de una necesidad de la teoría. Las comunidades científicas son instituciones de control, de presión, de formación. Ellas determinan las normas de competencia profesional y a inculcar sus valores. Por eso los agrupamientos psicoanalíticos -necesarios, a mi juicio- deben profundizar cada uno sus líneas teóricas para poder establecer una confrontación que supere la oposición esterilizante. El aislamiento de ciertos grupos y grupúsculos y la soberbia ante lo ajeno son indicadores de fragilidad teórico-técnica. Es necesario desligarse de las controversias cuyo horizonte son las cuestiones de legitimidad por pertenencias institucionales o grupales.

⁴ El psicoanálisis es de frontera cuando avanza sobre nuevos territorios, y es retraído cuando se dedica a administrar lo conquistado. El psicoanálisis retraído tiene como un tema predominante la identidad ¿Por qué los analistas necesitamos afirmar la “identidad”? ¿Una relación narcisista? Hablamos demasiado de lo que somos y demasiado poco de lo que hacemos. Escritos, congresos y jornadas son reflexiones acerca del ser. Exacerbado, este narcisismo toma ribetes paranoicos: sólo logro considerarme psicoanalista si demuestro que los demás no lo son.

⁵ “*Siempre me adapto un poco a lo que el individuo espera al principio. Sería inhumano no hacerlo así. Sin embargo, en ningún instante dejo de maniobrar en pos de la posición que me permita hacer un psicoanálisis con todas las de la ley*” (Winnicott, 1965).

⁶ “*La mayor parte del tiempo las relaciones entre seres humanos sufren, a menudo hasta la destrucción, por aquello, que en el contrato establecido entre ellos no fue respetado. A partir del momento en que dos seres humanos entran en relación recíproca, su contrato, a menudo tácito, entra en vigor. El reglamenta la forma de sus relaciones*” (Brecht).

abandono del proceso analítico. Dos alternativas se presentan: entre los que privilegian el encuadre y aquellos que lo modifican de acuerdo al proceso posible de un analizando.

Lo propio de un ideal radica, precisamente, en la imposibilidad de su realización integral: opera en la medida en que se le escapa su real, y en la medida en que tiende a atrapar lo real bajo sus determinaciones. El ideal es una fuerza que trabaja constantemente contra lo real que se le insubordina. A pesar de su ideal, las prácticas siempre presentaron sus diferencias que el psicoanálisis “puro” u “ortodoxo” o “clásico” siempre consideró deficiencias, “debilidades”. En lugar de considerar sus cualidades propias e irreductibles. ¿Qué hacer con la desnudez de las prácticas cotidianas ante su ideal? ¿Había que esperar a la teoría de la complejidad para aceptar la diferencia ¿la debilidad no está, más bien, en la pretensión monolítica?

Dos posibilidades se esbozan: *O bien se asume ese desfasaje entre ideal y práctica efectiva como punto de inflexión para la elaboración de parámetros que sustenten otro tipo de racionalidad; o bien se continúa asumiéndolo como debilidad, como una amenaza, sometiendo así a la denodada exigencia de aproximarse al ideal.* Asumir el desfasaje es comprometerse a teorizar cada experiencia y reflexionar sobre las operaciones teóricas y metodológicas puestas en juego en la producción de una situación clínica. No para relatarlas, para hacer su crónica sino para pensarlas: *transformar un recorrido práctico en experiencia teórica. En vez de practicar teorías teorizar las diversas prácticas en que estamos implicados* (Lewkowicz).

El desafío actual es trascender el burocratismo institucional eludiendo su atrapamiento en una visión tan pura como estéril. Solo un psicoanálisis que preserve capacidad de implicación en su práctica logrará inscribirse productivamente en el conjunto de las prácticas.